

El desfiladero de la absolución

Alastair Reynolds

Traducción:
Elena Castillo Maqueda



«El Universo empieza a parecerse más a un gran pensamiento que a una gran máquina.»

—Sir James Jeans

Prólogo

Está de pie sola, al final del embarcadero, observando el cielo. Bajo la luz de la luna, las placas de la pasarela brillan como un lazo azul plateado que llega hasta la orilla. El mar de color negro tinta golpea suavemente los soportes del embarcadero. Al otro lado de la bahía, hacia el horizonte occidental, se ven parches luminosos: borrones de lucecitas verde pastel, como si una flota de galeones se hubiera hundido con todas las luces en llamas.

Está vestida, si es que esa es la palabra correcta, con una nube blanca de mariposas mecánicas. Les indica que se acerquen más, entrelazando fuertemente sus alas formando una especie de armadura. No es que tenga frío, la brisa nocturna es cálida y transporta los aromas sutiles y exóticos de las islas lejanas, pero se siente vulnerable: nota el escrutinio de algo más vasto y viejo que ella. Si hubiera llegado un mes antes, cuando aún había decenas de miles de personas en el planeta, quizás el mar no le prestara tanta atención como ahora. Pero las islas están todas abandonadas, excepto por un puñado de tercos rezagados o algunos recién llegados tardíos como ella. Es nueva allí, o es más bien alguien que llevaba mucho tiempo lejos, y su señal química está despertando al mar. Los parches luminosos al otro lado de la bahía han aparecido después de su llegada. No es una coincidencia.

Después de todo este tiempo, el mar aún la recuerda.

—Deberíamos irnos ya —dice su protector, cuya voz le llega desde la cuña oscura de tierra donde la espera, mientras se apoya impacientemente en su bastón—. No es seguro, ahora que han dejado de guiar el anillo.

El anillo, sí. Ahora lo ve, dividiendo el cielo en dos como una versión exagerada y desmañada de la Vía Láctea. Centellea con brillo trémulo, incontables trocitos de basura reflejan la luz del sol más próximo. Cuando llegó, las autoridades del planeta aún lo conservaban: cada pocos minutos se veía el brillo rosado de un cohete con el que los drones volvían a poner en órbita un trozo de basura, evitando que rozara la atmósfera del planeta y que cayera al mar. Comprendía por qué los habitantes de la zona pedían deseos a cada destello. No eran más supersticiosos que los habitantes de otros planetas que

había conocido, pero ellos entendían la extrema fragilidad de su mundo: sin los centelleos no había futuro. No les habría costado nada a las autoridades continuar pastoreando el anillo, ya que los drones se autoreparaban y llevaban realizando la misma tarea mecánica cuatrocientos años, desde el reasentamiento. Desactivarlos había sido un gesto puramente simbólico, ideado para alentar la evacuación.

A través del velo del anillo se ve la otra luna más distante, la que no fue destrozada. Casi nadie de aquí sabía lo que había pasado. Ella sí. Lo había visto con sus propios ojos, aunque en la distancia.

—Si nos quedamos... —dice su protector, y se gira hacia tierra firme. —Solo necesito un momento, después podemos irnos. Estoy preocupado por si alguien nos roba la nave, me preocupan los constructores de nidos.

Asiente; comprende sus miedos, pero aun así está decidida a hacer aquello a lo que ha venido.

—No le pasará nada a la nave. Y no tienes por qué preocuparte por los constructores de nidos.

—Parece que se están interesando mucho por nosotros.

Ahuyenta a una mariposa mecánica errante de la ceja.

—Siempre lo han hecho, tienen simple curiosidad, eso es todo.

—Una hora —dice—. Después de eso te dejo aquí sola.

—No serás capaz.

—Solo hay una forma de averiguarlo, ¿no?

Sonríe, pues sabe que no la abandonaría. Pero tiene razones para estar nerviosa: durante todo el camino habían ido a contracorriente de la evacuación. Era como nadar río arriba, azotados por el flujo constante de innumerables naves. Cuando llegaron a la órbita, las lanzaderas habían sido bloqueadas. Las autoridades no permitían que la gente bajara en ellas a la superficie. Habían tenido que sobornar y engañar para asegurarse un pasaje en un vagón que bajaba. Tenían el compartimento para ellos solos, pero todo, según su acompañante, olía a pánico al impregnarse cada fibra del mobiliario de las señales químicas humanas. Se alegraba de no tener tal agudeza olfativa. Ya estaba suficientemente asustada sin olerlo, más de lo que querría confesar. Había estado más asustada cuando los constructores de nidos la siguieron al sistema. Su elaborada nave con forma de espiral (estriada y con cámaras ligeramente traslúcidas) era una de las últimas naves en órbita. ¿Quieren algo de ella o han venido a disfrutar del espectáculo?

Vuelve a mirar hacia el mar. Quizás es su imaginación, pero los parches luminosos parecen haber crecido en número y tamaño. Ahora tienen más el aspecto de toda una metrópolis sumergida que de una flota de galeones. Y además parecen arrastrarse hacia el embarcadero. El océano puede saborearla: minúsculos organismos corretean entre el aire y el mar. Se infiltran por la piel, hasta la sangre, hasta el cerebro.

Se pregunta cuánto sabe el mar. Debe haber notado las evacuaciones, sentido la partida de tantas mentes humanas... Debe haber echado de menos las idas y

venidas de los bañistas, y la información neuronal que contenían. Quizás incluso notara el fin de la operación de pastoreo del anillo: dos o tres pequeños trozos de la antigua luna ya han caído, aunque lejos de las islas. Pero se pregunta: *¿cuánto sabe realmente sobre lo que va a pasar?*

Lanza una orden a las mariposas. Un regimiento se separa de su manga y se junta frente a su cara. Entrelazan sus alas formando una pantalla rugosa del tamaño de un pañuelo en la que únicamente las alas de los bordes siguen batiendo. Entonces la pantalla cambia de color, volviéndose completamente transparente excepto por un borde violeta. Estira el cuello hacia el cielo nocturno, mirando más allá del anillo de desechos. Mediante un efecto de computación, las mariposas borran el anillo y la luna. El cielo se oscurece gradualmente, la oscuridad se hace más negra y las estrellas más brillantes. Dirige su atención hacia una estrella en particular, eligiéndola tras un momento de concentración.

La estrella no tiene nada de particular. Es simplemente la más cercana a este sistema binario, a unos pocos años luz de distancia. Pero esta estrella se ha convertido ahora en una referencia, la primera ola de algo que ya no podrá detenerse. Ella estaba allí cuando evacuaron aquél sistema, hace treinta años.

Las mariposas realizan otro efecto, acercando la visión y concentrándola en aquella estrella en particular. La estrella se vuelve más brillante, hasta que empieza a verse en color. Ya no está blanca, ni siquiera blanco-azulado, sino de un inconfundible tono verde. Aquello no está bien.

Ararat, p Eridani Sistema A, 2675

Escorpio observaba a Vasko mientras el joven nadaba hacia la orilla. Durante todo el recorrido había pensado en ahogarse, en qué se sentiría al deslizarse hacia oscuras profundidades. Decían que si tenías que morir, si no tenías elección, ahogarse no era la peor forma de hacerlo. Se preguntaba cómo alguien podía estar seguro de esto, y si se podía aplicar a los cerdos. Seguía pensando en ello cuando la barca se detuvo, con el motor eléctrico en marcha, hasta que lo paró.

Escorpio sacó un palo por la borda, calibrando la profundidad del agua en no más de medio metro. Había esperado encontrar uno de los canales que permitían un mayor acercamiento a la isla, pero tendrían que conformarse con esto. Incluso si no había acordado un lugar para reunirse con Vasko, no había tiempo para volver mar adentro y dar vueltas buscando algo que ya le había costado bastante encontrar cuando el mar estaba en calma y el cielo completamente despejado de nubes.

Escorpio se acercó a la proa y se hizo con la cuerda recubierta de plástico que Vasko había estado usando de almohada. Enrolló un cabo fuertemente alrededor de su muñeca y saltó por la borda con un único movimiento. Chapoteó en las aguas poco profundas de color verde botella que le llegaban por las rodillas. Apenas sentía el frío a través del grueso cuero de sus botas y mallas. La barca flotaba ligeramente a la deriva ahora que él había desembarcado, pero con un movimiento de muñeca tensó la cuerda y giró la proa varios grados. Comenzó a andar tirando fuerte de la barca. Las piedras bajo sus pies eran traicioneras, pero por una vez su forma patizamba de andar le servía de algo. No rompió el ritmo hasta que el agua le llegó por la mitad de las botas y notó de nuevo que la barca arañaba el fondo. La arrastró una decena de zancadas hacia la orilla, pero no se arriesgó a ir más allá. Vio que Vasko había llegado a las aguas poco profundas. El joven dejó de nadar y se puso de pie en el agua.

Escorpio volvió al barco. Astillas y trozos de metal oxidado saltaron bajo su mano al tirar del casco por la borda. La barca tenía más de ciento veinte horas de inmersión, y este bien podría ser su último viaje. Echó mano por encima de la borda y lanzó el pequeño ancla. Lo podía haber hecho antes, pero las anclas tenían tanta tendencia a la erosión como el casco. No merecía la pena confiar en ellos.

Echó otro vistazo a Vasko, que estaba acercándose cuidadosamente a la barca, con los brazos estirados para mantener el equilibrio. Escorpio recogió la ropa de su compañero y la metió en su saco, que ya contenía las raciones, agua potable y medicinas. Se cargó el macuto a la espalda y emprendió penosamente el corto trayecto hasta tierra firme, asegurándose de ver por dónde iba Vasko de vez en cuando. Escorpio sabía que había sido duro con Vasko, pero una vez la ira había comenzado a crecer dentro de él, no había podido contenerla. Encontraba este proceso inquietante. Hacía veintitrés años desde que Escorpio le había levantado por primera vez la mano con rabia a un humano, exceptuando cuando lo había hecho en cumplimiento del deber. Pero reconoció que también había violencia en las palabras. Antes se habría reído, pero últimamente había intentado llevar una vida diferente. Pensaba que había dejado atrás ciertas cosas.

Por supuesto, era la perspectiva de encontrarse con Clavain lo que había hecho brotar toda esa furia. Demasiada aprensión, demasiadas conexiones emocionales entroncándose con el lodazal ensangrentado del pasado. Clavain sabía lo que había sido Escorpio. Clavain sabía exactamente lo que era capaz de hacer.

Se detuvo y esperó a que el joven le alcanzara.

—Señor... —Vasko estaba sin aliento y temblando.

—¿Qué tal ha ido?

—Tenía razón, señor. Estaba un poco más fría de lo que parecía.

Escorpio se encogió de hombros.

—Sabía que lo estaría, pero lo has hecho bien. Tengo tus cosas aquí. Estarás seco y calentito en un momento. ¿No te arrepientes de haber venido?

—No, señor. Quería un poco de aventura, ¿no?

Escorpio le pasó sus cosas.

—No querrás tanta cuando tengas mi edad.

Era un día tranquilo, como solía serlo cuando las nubes que cubrían Ararat estaban bajas. El sol más cercano, alrededor del cual orbitaba Ararat, era un borrón descolorido colgado al oeste del cielo. Su lejano homólogo binario era una joya blanca y dura sobre el horizonte opuesto, encaramada a una grieta entre las nubes. P Eridani A y B, aunque todos los llamaban Sol Brillante y Sol Pálido.

Bajo la luz gris plata, el agua estaba desprovista de su color habitual, quedando reducida a una sopa verde grisácea. Parecía espesa cuando se agolpaba alrededor de las botas de Escorpio, pero a pesar de su opacidad, la densidad de microorganismos suspendidos en ella era baja para lo que era normal en Ararat. Vasko ya había corrido un pequeño riesgo al nadar, pero había hecho bien en atreverse, ya que le eso le había permitido acercarse

mucho más a la costa con la barca. Escorpio no era un experto en la materia, pero sabía que la mayoría de los encuentros importantes entre los humanos y los malabaristas tenían lugar en zonas del océano tan saturadas de microorganismos que parecían más bien balsas flotantes de materia orgánica. La concentración aquí era lo suficientemente baja y no había peligro de que los malabaristas se comieran la barca mientras no estaban allí, o de que crearan un sistema de mareas locales para arrastrarla mar adentro.

Recorrieron el trayecto hasta tierra firme y alcanzaron la roca ligeramente ascendente que habían divisado desde el mar como una línea oscura. Aquí y allá, charcas poco profundas interrumpían el terreno y reflejaban el cielo cubierto de color gris azulado. Los dos avanzaron acercándose a un puntito blanco en la distancia.

—Aún no me has contado de qué va esto —dijo Vasko.

—Lo averiguarás pronto. ¿No estás ya lo suficientemente emocionado por conocer al viejo?

—Más bien asustado.

—Tiene ese efecto en la gente, pero no dejes que te afecte. No le van las reverencias.

Tras diez minutos de caminata, Escorpio había recuperado las fuerzas que había empleado en tirar de la barca. Durante ese tiempo, el punto blanco se había convertido en una cúpula posada en el suelo, y finalmente vieron que se trataba de una carpa inflable. Estaba sujeta a estacas clavadas a la roca, y la tela blanca de su base estaba manchada de varios tonos de verde por la humedad del mar. Había sido parcheada y reparada varias veces. Reunidos alrededor de la tienda, inclinándose hacia ella con extraños ángulos, había trozos de conchas marinas arrastradas por la marea. La forma en la que habían sido dispuestos era, sin duda, artística.

—Lo que dijo antes, señor —dijo Vasko—, sobre que Clavain ya no recorre el mundo...

—¿Sí?

—Si vino aquí, ¿por qué no nos lo dicen?

—Por el motivo que lo trajo aquí —respondió Escorpio.

Rodearon la estructura inflable hasta llegar a la puerta de presión. Junto a ella había una pequeña caja que emitía un zumbido y que proporcionaba energía a la tienda, manteniendo la diferencia de presión y proporcionando calor y otras comodidades a sus ocupantes.

Escorpio examinó uno de los trozos de concha, repasando con el dedo el afilado borde por el que había sido cortado de un todo mayor.

—Parece que ha estado de recolecta por la playa. —Vasko señaló la puerta exterior, que estaba abierta.

—No importa, no parece que haya nadie en casa ahora mismo.

Escorpio abrió la puerta interior. Dentro encontró una litera y una pila de ropa de cama doblada y ordenada. Un pequeño escritorio plegable, una estufa, y un sintetizador de comida. También un recipiente de agua purificada y una caja de

raciones. La bomba de aire seguía funcionando y había algunos trozos de conchas en la mesa.

—No hay forma de saber cuándo fue la última vez que estuvo aquí —dijo Vasko.

Escorpio hizo un gesto con la cabeza.

—No lleva mucho tiempo fuera, probablemente no más de una hora o dos.

Vasko miró alrededor, buscando la pista que Escorpio había visto ya. No la encontraría: los cerdos aprendieron hace mucho tiempo que el agudo olfato que habían heredado de sus antepasados no era compartido por los humanos de base. También habían aprendido a fuerza de dolor que no les gustaba que se lo recordasen.

Salieron y sellaron la puerta interna, tal y como la habían encontrado.

—¿Y ahora qué? —preguntó Vasko.

Escorpio se quitó un brazalete de comunicaciones de sobra que llevaba en la muñeca y se lo dio a Vasko. Ya tenía asignada una frecuencia segura, así que no había peligro de que alguien en las otras islas los oyera.

—Sabes usar uno de estos, ¿no?

—Me las arreglaré. ¿Hay algo en particular que quieres que haga?

—Sí, me esperas aquí hasta que yo vuelva. Espero traer a Clavain conmigo cuando regrese. Pero si él te encuentra primero, debes decirle quién eres y quién te envía. Después me llamas y le preguntas a Clavain si quiere hablar conmigo, ¿lo pillas?

—¿Y si no vuelves?

—Entonces es mejor que llames a Blood.

Vasko agarró el brazalete.

—Señor, parece un poco preocupado por su estado mental. ¿Cree que podría ser peligroso?

—Espero que sí —dijo Escorpio. Porque si no lo es, no nos sirve de nada.

—Le dio una palmadita en el hombro al joven—. Ahora espérame aquí mientras le doy la vuelta a la isla. No tardaré más de una hora, e imagino que lo encontraré cerca del mar.

Escorpio atravesó el borde de roca plana de la isla, abriendo sus brazuelos para equilibrarse, sin importarle lo más mínimo lo extraño o cómico que pudiera parecer.

Disminuyó la marcha, creyendo ver en la distancia una figura entrando y saliendo de la oscura bruma marina del atardecer. Entornó los ojos, intentando compensar la visión de unos ojos que ya no funcionaban tan bien como en Ciudad Abismo, cuando era joven. Por un lado, esperaba que el espejismo resultara ser Clavain. Por otro, esperaba que fuera pura imaginación, una combinación de rocas, luces y sombras que le engañaban la vista.

Estaba ansioso, por poco que le gustara admitirlo. Hacía seis meses desde que había visto a Clavain por última vez. En realidad no era tanto tiempo, y

menos comparado con la esperanza de vida humana. Sin embargo, Escorpio no podía deshacerse de la sensación de que iba a encontrarse con un conocido al que no había visto en décadas, alguien que podía haberse echado a perder por completo por culpa de su vida y experiencias. Se preguntaba cómo respondería si Clavain realmente había perdido la cabeza. ¿Lo llegaría a reconocer, si fuera verdad? Escorpio había pasado el tiempo suficiente junto a humanos de base como para sentirse cómodo interpretando sus intenciones, estados de ánimo y estados mentales. Se decía que las mentes de los humanos y los cerdos no eran tan diferentes. Pero con Clavain, Escorpio siempre se recordaba a sí mismo que debía ignorar sus expectativas. Clavain no era como los demás humanos. La historia lo había moldeado, dejando una huella única y quizás monstruosa.

Escorpio tendría cincuenta años. Conocía a Clavain desde hacía media vida, cuando había sido capturado por su antigua facción en el sistema Yellowstone. Poco después de aquello, Clavain desertó de los combinados y tras ciertos recelos mutuos Escorpio terminó luchando a su lado. Habían reunido un grupo de soldados y algunos parásitos de los alrededores de Yellowstone y habían robado una nave para hacer el viaje hasta el sistema Resurgam. Durante el viaje habían sido acosados y perseguidos por los antiguos camaradas de Clavain. Desde el espacio de Resurgam, con otra nave distinta, habían llegado hasta aquí, a la anegada canica verde azulada de Ararat. No habían tenido que luchar mucho desde Resurgam, pero ambos habían seguido trabajando juntos en el establecimiento de una colonia temporal.

Habían planeado y organizado comunidades enteras. Muchas veces habían discutido, pero únicamente sobre temas de extrema importancia. Cuando uno u otro se inclinaba hacia una política demasiado dura o demasiado blanda, el otro estaba allí para compensar. Fue en aquellos años cuando Escorpio había encontrado la fuerza de voluntad para dejar de odiar a los humanos cada minuto de su existencia. Eso, al menos, se lo debía a Clavain.

Pero nada era nunca tan sencillo, ¿verdad? El problema era que Clavain había nacido hacía quinientos años y había vivido muchos de estos años. ¿Qué pasaría si el Clavain que Escorpio había conocido, el Clavain al que la mayoría de los colonos conocían, era solo una fase pasajera, como un fugaz rayo de sol en un día tormentoso? Al principio de su relación, Escorpio no le quitaba ojo de encima, atento a cualquier regresión de sus tendencias carniceras indiscriminadas. No había visto nada que levantara sus sospechas, y sí más que suficiente para asegurarle que Clavain no era el monstruo que la historia describía.

Sin embargo, en los últimos dos años sus creencias se habían desmoronado. No era que Clavain se hubiera vuelto más cruel, violento, o discutiera más que antes, pero algo había cambiado en él. Era como si la calidad de la luz de un paisaje hubiera variado de un momento a otro. El hecho de que Escorpio supiera que otros albergaban dudas similares sobre su propia inestabilidad no era un gran alivio. Conocía su propio estado mental y esperaba no llegar nunca

a dañar a otro ser humano como había hecho en el pasado. Pero solo podía especular sobre lo que estaba pasando por la cabeza de su amigo. De lo que sí estaba seguro era de que el Clavain que él conocía, el Clavain junto al que había luchado, se había retirado a un espacio personal intensamente privado. Incluso antes de que se hubiera retirado a esta isla, Escorpio había llegado a un punto en el que ya casi no podía leer al hombre. Pero no culpaba a Clavain de todo ello. Nadie lo haría.

Continuó caminando hasta estar seguro de que la figura era real. Avanzó un poco más para poder discernir los detalles. La figura estaba agachada junto a la orilla, inmóvil, como si una ensoñación hubiera interrumpido su inocente examen de las charcas dejadas por la marea y su fauna. Escorpio reconoció a Clavain. Habría estado igual de seguro aunque hubiera pensado que la isla estaba deshabitada.

El cerdo sintió una momentánea oleada de alivio. Al menos Clavain seguía vivo. No importaba qué otras cosas sucedieran ese día, ya contaba como un triunfo.

Cuando estuvo lo bastante cerca como para que oyera sus gritos, Clavain advirtió su presencia y miró alrededor. Una brisa que no había cuando desembarcó sacudió el pelo blanco de Clavain sobre sus sonrosados rasgos. Su barba, normalmente recortada con esmero, también había crecido descuidadamente desde su despedida. Su delgada figura vestía de negro, con un chal o capa oscura sobre los hombros. Mantenía una postura incómoda, entre arrodillado y de pie, apoyado en sus caderas, como un hombre que se hubiera detenido solo por un instante.

Escorpio estaba seguro de que llevaba observando el mar durante horas.

—Nevil —dijo Escorpio.

Contestó algo, sus labios se movieron, pero sus palabras quedaron ahogadas por el sonido de las olas.

—¡Soy yo, Escorpio! —gritó esta vez.

La boca de Clavain volvió a moverse. Su voz ronca apenas superaba un susurro.

—He dicho que te dije que no vinieras.

—Lo sé. —Escorpio se había acercado más. El pelo blanco de Clavain volaba dentro y fuera de los hundidos ojos del anciano, que parecían fijos en algo muy lejano y sombrío—. Lo sé, y durante seis meses te he obedecido, ¿no?

—¿Seis meses? —Clavain casi sonrió—. ¿Tanto tiempo ha pasado?

—Seis meses y una semana, si quieres más exactitud.

—No lo parece. Parece que no ha pasado el tiempo. —Clavain volvió a mirar al mar, mostrando la parte de atrás de su cabeza a Escorpio. Entre finas hebras de pelo blanco, su cuero cabelludo tenía el mismo color rosado que la piel de Escorpio.

—Aunque a veces parece que ha pasado mucho más tiempo —continuó Clavain—. Como si lo único que hubiera hecho fuera pasar mi vida aquí. A veces me siento como si no hubiera ni un alma más en este planeta.

—Estamos todos aquí todavía —dijo Escorpio—. Los ciento setenta mil. Aún te necesitamos.

—Pedí expresamente que no se me molestase.

—A no ser que fuera importante. Ese fue el acuerdo desde el principio, Nevil.

Clavain se levantó con penosa lentitud. Siempre había sido más alto que Escorpio, pero ahora su delgadez lo hacía parecer un boceto hecho a toda prisa. Sus miembros eran rápidos trazos con el cielo de fondo.

Escorpio se fijó en las manos de Clavain. Eran las manos de finos huesos de un cirujano. O quizás de un interrogador. El roce de sus largas uñas contra la tela húmeda de los pantalones provocó una mueca en Escorpio.

—¿Y bien?

—Bueno, hemos encontrado algo —dijo Escorpio—. No sabemos qué es exactamente o quién lo ha enviado, pero creemos que viene del espacio. También pensamos que puede haber alguien dentro.

Nave Ascensión Gnóstica, Espacio Interestelar, 2615

El inspector general de Sanidad Grelier caminó por los pasillos iluminados de verde de la fábrica. Tarareaba y silbaba, feliz en su elemento, feliz de estar rodeado por máquinas ronroneantes y gente a medio formar. Con un escalofrío de anticipación, pensó en el sistema solar que se extendía frente a ellos y en las grandes cosas que dependían de aquello. No necesariamente para él, eso era cierto, pero sin duda para sus rivales en la cuestión del afecto de la reina. Grelier se preguntaba cómo se tomaría la reina otro fracaso de Quaiche. Conociendo a la reina Jasmina, no creía que se lo tomara especialmente bien.

Sonrió. Lo raro era que para un sistema del que tanto dependía, el lugar aún no tuviese nombre. A nadie le habían importado nunca la remota estrella y sus aburridos grupos de planetas. Nunca habían tenido motivos para ello. Existiría una oscura entrada para el sistema en la base de datos del catálogo de astrogación de la *Ascensión Gnóstica* y por supuesto, para casi cualquier nave, junto con breves notas acerca de las principales características de sus soles y mundos, peligros habituales, etcétera. Pero estas bases de datos no se crearon para los ojos humanos; existían únicamente para ser interrogadas y actualizadas por otras máquinas mientras continuaban con sus silenciosos y veloces asuntos, ejecutando las tareas de a bordo de la nave demasiado aburridas o demasiado difíciles para los humanos. La entrada era simplemente una hilera de dígitos binarios, unos cuantos miles de unos y ceros. Una pista de la intrascendencia del sistema era que la entrada solo había sido consultada tres veces en toda la vida operativa de la *Ascensión Gnóstica* y había sido actualizada una sola vez.

Grelier lo sabía: la había consultado por curiosidad. Pero ahora, quizás por primera vez en la historia, el sistema resultaba interesante. Aún no tenía nombre, pero ahora, al menos, la ausencia de este se había tornado vagamente preocupante, hasta tal punto que la reina Jasmina sonaba algo más irritada cada

vez que tenía que referirse al lugar como «el próximo sistema», o «el sistema al que nos acercamos». Pero Grelier sabía que no se dignaría a darle un nombre al lugar hasta que se demostrara que tenía algún valor. Y el valor del sistema estaba completamente en manos de Quaiche, el relegado favorito de la reina.

Grelier hizo una pausa cerca de uno de los cuerpos. Estaba suspendido en un gel traslúcido tras el cristal verde del tanque de vivificación. Alrededor de la base había tantas hileras de controles de nutrientes, como llaves de paso a los órganos; algunas salían y otras entraban. Las llaves de paso controlaban el delicado medio bioquímico de la matriz de nutrientes. Las ruedas de bronce de las válvulas en un lado del tanque se ajustaban para la liberación de grandes cantidades de agua o salino.

Unido al tanque, había un diario con la historia clonal del cuerpo. Grelier hojeó las páginas plastificadas del diario, complacido al comprobar que todo estaba bien. Aunque la mayoría de los cuerpos de la fábrica nunca habían sido decantados, este espécimen, una hembra adulta, había sido calentada y usada una vez. Los rastros de heridas infligidas en su cuerpo se desvanecían por el proceso regenerativo, quedando la cicatriz abdominal casi invisible y la nueva pierna tan solo un poco más pequeña que su compañera intacta. Jasmina no aprobaba estos trabajos de parcheado, pero su demanda de cuerpos había superado la capacidad de producción de la fábrica.

—Está saliendo muy bien. —Grelier golpeó el cristal cariñosamente. Siguió caminando, comprobando aleatoriamente otros cuerpos. A veces era suficiente con un vistazo, aunque normalmente revisaba el diario y se detenía para hacer algún pequeño ajuste en los parámetros. Se enorgullecía enormemente de la imparable competencia de su trabajo. Nunca alardeaba de sus habilidades ni prometía nada que no estuviera absolutamente seguro de poder lograr; completamente al contrario que Quaiche, quien había hecho promesas exageradas desde el momento en el que puso el pie en la *Ascensión Gnóstica*.

Durante un tiempo le había ido bien. Grelier, el confidente más cercano a la reina por un largo periodo, se había visto temporalmente depuesto por el flamante recién llegado. Lo único que oía mientras trabajaba era cómo Quaiche iba a cambiar la suerte de todos: Quaiche esto, Quaiche lo otro. La reina incluso había empezado a quejarse de las tareas de Grelier, lamentando que la fábrica era muy lenta entregando cuerpos y que las terapias contra el déficit de atención estaban perdiendo su efectividad. Grelier había estado brevemente tentado de hacer algo que llamara imperiosamente la atención, algo que lo catapultara de nuevo a congraciarse con ella.

Ahora estaba extremadamente contento de no haberlo hecho. Solo había tenido que aguardar su momento. Era simplemente cuestión de dejar que Quaiche cavara su propia tumba alentando expectativas que no podría cumplir. Por desgracia (para Quaiche, no para Grelier) Jasmina lo había tomado todo al pie de la letra. Si Grelier juzgaba por el estado de ánimo de la reina, el pobre Quaiche estaba a punto de pasar a ser un mero figurante.

Grelier se detuvo frente a un macho adulto que había comenzado a presentar anomalías en el desarrollo en su último examen. Había ajustado los parámetros del tanque, pero por lo visto no había servido de nada. Para el ojo inexperto, el cuerpo parecía bastante normal, pero carecía de la simetría perfecta que buscaba ansiosamente Jasmina. Grelier negó con la cabeza y puso su mano en una de las válvulas de latón. Esta era siempre una decisión difícil. El cuerpo no estaba a la altura de los estándares de la fábrica, pero por otro lado tampoco lo estaban los trabajos de parcheado.

¿Era el momento de que Jasmina aceptara un descenso en la calidad? En realidad era ella la que estaba presionando a la fábrica hasta el límite. No, decidió Grelier. Si había aprendido algo de todo este sórdido asunto de Quaique era a mantener sus propios niveles. Jasmina podría reñirle por abortar un cuerpo, pero a la larga respetaría sus decisiones, su sólida devoción por la excelencia.

Giró la rueda hasta cerrarla, bloqueando el salino. Se arrodilló y presionó la mayoría de las válvulas de los nutrientes.

—Lo siento —dijo Grelier, dirigiéndose al suave e inexpresivo rostro tras el cristal—, pero me temo que no pasas el corte.

Le echó un último vistazo al cuerpo. En unas pocas horas, el proceso de reconstrucción celular sería grotescamente obvio. El cuerpo sería desmantelado, sus componentes químicos reciclados para ser usados en otro lugar de la fábrica. Una voz resonó en su auricular y lo tocó con un dedo.

—Grelier... te estoy esperando.

—Voy de camino, señora.

Una luz roja comenzó a parpadear sobre el tanque de vivificación, sincronizada con una alarma. Grelier dio un manotazo al control, silenciando la alarma y anulando la señal de emergencia. El silencio volvió a la fábrica de cuerpos, una calma únicamente rota por los ocasionales gorgoteos del flujo de nutrientes o el chasquido sordo de alguna válvula reguladora lejana. Grelier asintió satisfecho, sabiendo que todo estaba bajo control, y continuó con su pausada marcha.

En el mismo instante en el que Grelier pulsaba la última válvula de nutrientes, ocurrió una anomalía en el sensor de la *Ascensión Gnóstica*. La anomalía fue breve, de tan solo una fracción mayor de medio segundo, pero había sido lo suficientemente inusual como para que se izara una bandera en el flujo de datos: una señal excepcional indicando que algo merecía atención.

Por lo que al *software* del sensor concernía, eso era todo: la anomalía no había continuado, todos los sistemas funcionaban ahora con normalidad. La bandera era una mera formalidad; si había que actuar era responsabilidad de un *software* de vigilancia en una capa completamente diferente y ligeramente más inteligente.

La segunda capa, dedicada a la vigilancia de la salud de todos los sensores de los subsistemas de la nave, detectó la bandera, junto con otros millones izados en el mismo ciclo, y la programó en su lista de tareas. Habían pasado menos de

doscientas mil partes de un segundo desde el final de la anomalía: una eternidad en términos computacionales, pero una consecuencia inevitable del enorme tamaño del sistema nervioso cibernético de una nave como esta. Las comunicaciones entre un punto y otro de la *Ascensión Gnóstica* requerían entre tres y cuatro kilómetros de cableado, entre seis y siete para que una señal diera la vuelta completa.

Nada sucedía rápidamente en una nave de ese tamaño, pero no había grandes diferencias prácticas. La enorme masa de la nave significaba que respondía perezosamente a los eventos externos: tenía la misma necesidad de reflejos rápidos como el rayo que un brontosaurio.

La capa de vigilancia de la salud avanzaba por su lista de tareas. La mayoría de los varios millones de eventos que revisaba eran bastante inocuos. Basándose en su conocimiento del patrón estadístico de los errores, era capaz de desmarcar la mayoría de las banderas sin dudarlo. Eran errores transitorios que no indicaban ningún síntoma grave del *hardware* de la nave. Tan solo unos cientos de miles parecían quizás remotamente sospechosos.

La tercera capa pasaba la mayoría del tiempo sin hacer nada: existía únicamente para examinar estas anomalías enviadas por las capas más triviales. Empujada a un estado de alerta, examinaba el dossier con tanto interés real como le permitía su dudoso silencio. En la escala de las máquinas estaba en algún lugar por debajo del nivel gamma de inteligencia, pero había estado haciendo este trabajo durante tanto tiempo que había acumulado una gran cantidad de experiencia heurística. Para la tercera capa, estaba insultantemente claro que más de la mitad de los eventos enviados no merecían de ninguna manera su atención, pero los demás casos eran más interesantes, y se tomaba su tiempo para revisarlos. Dos terceras partes de esas anomalías eran reincidentes: demostrando que había sistemas con fallos reales, pero pasajeros. Sin embargo, ninguno estaba en áreas cruciales para el funcionamiento de la nave, así que podía dejarlos pasar hasta que se convirtieran en más graves.

Una tercera parte de los casos interesantes eran nuevos, y de ellos, quizás el noventa por ciento eran la clase de fallos que cabría esperar de vez en cuando, basándose en los conocimientos de la capa de los diversos componentes de *hardware* y *software* involucrados. Tan solo un puñado de ellos estaba en áreas importantes, y afortunadamente esos fallos podían arreglarse mediante métodos de reparación rutinarios. Casi sin parpadear, la capa despachó las instrucciones a las partes de la nave dedicadas al mantenimiento de la infraestructura.

En diversos puntos de esta, los sirvientes que se afanaban en otras tareas de reparación y mantenimiento recibieron las nuevas instrucciones en sus memorias de tareas. Quizás tardaran semanas en emprender esas tareas, pero finalmente serían efectuadas. Esto dejaba un mínimo margen de error que podría ser potencialmente preocupante: era más difícil de explicar, y no quedaba inmediatamente claro cómo debían ordenarles a los sirvientes que lo trataran. La capa no estaba preocupada sin motivos, en la medida en que era capaz de preocuparse por

cualquier cosa: experiencias pasadas le habían enseñado que estos pequeños fallos normalmente eran benignos, pero por ahora no tenía otra opción que enviar las excepciones sin resolver a un estrato superior en la automatización de la nave.

Las anomalías ascendían, de este modo, otras tres capas, cada cual de inteligencia superior a la anterior. Cuando la última capa era invocada, tan solo quedaba un evento en el paquete: la anomalía transitoria original del sensor, la que había durado algo más de medio segundo. Ninguna de las capas inferiores podía rendir cuentas del error mediante los patrones estadísticos habituales y las reglas al uso.

Un evento solo se filtraba tan arriba del sistema una o dos veces por minuto. Hoy, por primera vez, se invocaba algo con verdadera inteligencia. La subpersona de nivel gamma encargada de supervisar las excepciones de la capa seis formaba parte de la última línea de defensa entre la cibernética y la tripulación de carne y hueso de la nave. La subpersona era la encargada de tomar la difícil decisión de si un error en concreto merecía la atención de sus auxiliares de vuelo humanos. A lo largo de los años había aprendido a no gritar que venía el lobo muy a menudo: si lo hiciera, sus dueños podrían decidir que necesitaban modernizarlo. Como consecuencia, la subpersona agonizaba durante muchos segundos antes de decidir qué hacer.

Decidió que la anomalía era una de las más extrañas que había visto jamás. Un examen exhaustivo de todos los caminos lógicos en el sistema del sensor no logró explicar cómo algo tan absoluta y profundamente inusual podía haber llegado a suceder.

Para realizar su trabajo de forma eficaz, la subpersona tenía que poseer una comprensión abstracta del mundo real. Nada demasiado sofisticado, pero suficiente para hacer juicios razonables sobre qué tipo de fenómenos externos podían ser captados por los sensores y cuáles eran tan poco probables que solo podían ser interpretados como alucinaciones introducidas en un proceso posterior de procesamiento de datos. Tenía que entender que la *Ascensión Gnóstica* era un objeto físico inmerso en el espacio. Y también que los eventos grabados por la red de sensores de la nave eran originados por objetos y cuantos que atravesaban el espacio: partículas de polvo, campos magnéticos, ecos de radares de cuerpos cercanos; y por la radiación de fenómenos más lejanos: mundos, galaxias, cuántares, las señales cósmicas de fondo. Para hacer todo esto tenía que ser capaz de hacer suposiciones precisas sobre cómo se suponía que se iban a comportar los datos recogidos de todos esos objetos. Nadie le había explicado estas reglas; las había formulado ella sola a lo largo del tiempo, haciendo correcciones conforme acumulaba más información. Era una tarea interminable, pero a estas alturas del juego se consideraba bastante buena.

Sabía, por ejemplo, que no se suponía que los planetas, o más bien los objetos abstractos que en su modelo se correspondían con los planetas, hicieran eso. El error era completamente inexplicable como un evento del mundo exterior. Algo tenía que haber salido muy mal en la captación de datos.

Lo sopesó un poco más. Incluso habiendo llegado a esa conclusión, la anomalía era difícil de explicar. Era tan selectiva... Afectaba solo a ese planeta, a nada más. Ni siquiera a la luna del planeta, que no hacía nada mínimamente extraño.

La subpersona cambió de parecer: la anomalía debía ser externa, en cuyo caso, el modelo del mundo real de la subpersona era preocupantemente defectuoso. Tampoco le gustó esta conclusión. Hacía mucho tiempo desde que le hubiesen obligado a actualizar su modelo drásticamente, y contemplaba esta perspectiva con una punzante sensación de ofensa.

Aún peor, la observación podría significar que la *Ascensión Gnóstica* estaba... bueno, no exactamente en peligro inminente, ya que el planeta en cuestión aún estaba a decenas de horas luz de allí, pero posiblemente se dirigía hacia algo que podría suponer un riesgo para la nave en el futuro.

Ya está, la subpersona había tomado una decisión: no tenía otra elección que alertar a la tripulación de esto. Y significaba una cosa: una interrupción prioritaria para la reina Jasmina. La subpersona estableció que la reina estaba ahora accediendo a resúmenes de estatus a través de su lector visual favorito. Como estaba autorizada a hacer, tomó el control del canal de datos y despejó ambas pantallas del aparato, preparándolo para un boletín urgente.

Creó un mensaje de texto sencillo: «Anomalía del sensor: solicito consejo». Por un momento, menor que el medio segundo que había ocupado el evento original, el mensaje quedó suspendido en el lector de la reina, solicitando su atención.

En ese momento, la subpersona tuvo un brusco cambio de opinión. Quizás estaba equivocándose. La anomalía, por muy extraña que hubiera sido, se había disipado sola. No habían llegado más informes de rarezas de las capas inferiores. El planeta se comportaba de la forma en la que la subpersona siempre había asumido que se debían comportar.

Con el beneficio de un poco más de tiempo, la capa decidió que el evento podía explicarse como una disfunción perpetua. Simplemente era cuestión de revisar las cosas, observando cada componente desde la perspectiva adecuada, pensando desde otro ángulo. Como subpersona eso era exactamente lo que tenía que hacer. Si lo único que hiciera siempre fuera transmitir a ciegas cada anomalía que no supiera explicar inmediatamente, la tripulación podría reemplazarla por otra capa lerd. O peor, modernizarla por algo más listo.

Borró el mensaje de la pantalla de la reina e inmediatamente lo sustituyó por los datos que estaba viendo antes. Siguió dándole vueltas al problema hasta que un minuto más tarde otra anomalía llegó a su bandeja de entrada. Esta vez era un claro desequilibrio, una preocupante oscilación del uno por ciento a estribor de la dirección de los combinados. Frente a esta nueva urgencia, decidió poner el asunto del planeta en la recámara. Incluso para las lentas comunicaciones de la nave, un minuto era mucho tiempo. Cada minuto que pasaba sin que el planeta hiciera algo extraño, todo este molesto asunto pasaría inevitablemente a un nivel de prioridad menor. La subpersona no se olvidaría

de él, más bien era incapaz de olvidar nada, pero en una hora tendría otras muchas cosas de las que ocuparse.

Bueno, estaba decidido. La forma de tratar este asunto era simular que nunca había sucedido. La reina Jasmina había sido informada de la anomalía solo durante una fracción de segundo y por lo tanto ningún miembro humano de la tripulación de la *Ascensión Gnóstica*, ni Jasmina, ni Grelier, ni Quaiche, ni ninguno de los demás ultras era en absoluto consciente de que durante más de medio segundo el mayor gigante de gas del sistema al que se aproximaban, el sistema con el poco imaginativo nombre de 107 Piscium, había dejado de existir.

La reina Jasmina oyó los pasos del inspector general de Sanidad acercándose hacia ella por la escalerilla metálica que conectaba su sala de mando con el resto de la nave. Como siempre, Grelier parecía no tener prisa. ¿Había puesto a prueba su lealtad al adular a Quaiche? Puede que sí. En ese caso, era hora de que Grelier se sintiera valorado de nuevo.

Un parpadeo de la pantalla de la calavera llamó su atención. Por un momento, una línea de texto reemplazó los resúmenes que estaba revisando; algo acerca de una anomalía del sensor.

La reina Jasmina sacudió la calavera. Siempre había estado convencida de que esa horrible cosa estaba poseída, y además cada vez parecía volverse más senil. Si hubiera sido menos supersticiosa, la habría tirado, pero se rumoreaba que le habían pasado cosas horribles a los que desoían sus consejos. Un golpe educado sonó en la puerta.

—Pasa, Grelier.

La puerta blindada se abrió. Grelier entró en la sala con los ojos muy abiertos, enseñando la parte blanca mientras se ajustaban a la oscuridad de la habitación. Grelier era delgado, un hombrecito pulcramente vestido coronado por un montón de pelo blanco brillante y apelmazado. Tenía los rasgos aplastados y minimalistas de un boxeador. Lleva una bata blanca limpia de médico y un delantal y sus manos siempre llevaban guantes. Su expresión divertía a Jasmina en todos los casos: siempre parecía estar a punto de romper a llorar o a reír. Era una ilusión: el inspector general tenía poco trato con ambos extremos emocionales.

—¿Mucho trabajo en la fábrica de cuerpos, Grelier?

— Un poquito, señora.

—Creo que se avecina un período de gran demanda. La producción no debe ralentizarse.

—No hay riesgo de que eso pase, señora.

—Mientras lo tengas en cuenta —suspiró—. Bueno, acabadas las formalidades, vayamos al grano.

—Veo que usted ya ha empezado —asintió Grelier.

Mientras esperaba su llegada, la reina había atado su cuerpo al trono con ataduras de cuero en sus tobillos y muslos y una banda ancha sobre su estómago.

Su brazo derecho estaba atado al reposabrazos, quedando libre solo el brazo izquierdo. Sujetó la calavera con su mano izquierda, con la cara vuelta hacia ella de forma que podía ver las pantallas que sobresalían de las cuencas de los ojos. Antes de sujetar la calavera había insertado su brazo derecho en una máquina ósea sujeta a un costado de la silla. La máquina (el aliviador) era una jaula de hierro negro equipada con almohadillas de presión con tornillos que ya estaban presionando molestando contra su piel.

—Hazme daño —dijo la reina Jasmina.

La expresión de Grelier se asimiló momentáneamente a una sonrisa. Se aproximó al trono y examinó la colocación del aliviador. Entonces comenzó a apretar los tornillos del aparato, ajustando cada uno secuencialmente con un cuarto de vuelta cada vez. Las almohadillas de presión empujaron la piel del antebrazo de la reina, que a su vez estaba sujeto con otras almohadillas por debajo.

El cuidado con el que Grelier apretaba los tornillos recordó a la reina a alguien afinando un espantoso instrumento de cuerda. No resultaba agradable. Era de eso de lo que se trataba.

Tras un minuto, aproximadamente, Grelier paró y se situó detrás del trono. La reina lo miró mientras cogía una bovina de tuberías del pequeño botiquín que siempre guardaba allí. Conectó un extremo a una enorme botella llena de algo amarillento y el otro a una jeringa hipodérmica. Tarareaba y silbaba mientras trabajaba. Levantó la botella y la sujetó a un gancho en el respaldo del trono, después introdujo la aguja en el brazo derecho de la reina, enredando un poco hasta encontrar una vena. Luego lo vio regresar frente al trono, de vuelta a la vista del cuerpo.

Esta vez era una hembra, pero no tenía por qué. Aunque los cuerpos se criaban con el material genético de la propia Jasmina, Grelier era capaz de intervenir en un estado primitivo del desarrollo para conducir al cuerpo a distintos estados sexuales. Normalmente eran niño o niña. Pero de vez en cuando, como diversión, creaba extrañas variantes neutras o intermedias. Todos eran estériles, pero solo porque hubiera sido una pérdida de tiempo equiparlos con sistemas reproductores funcionales. Ya era bastante molestia instalarles los implantes neuronales para el acoplamiento de forma que la reina pudiera manejar los cuerpos.

De pronto la reina notó que la agonía se disipaba.

—No quiero anestesia, Grelier.

—El dolor sin pausas intermitentes es como la música sin silencio —dijo Grelier—. Debe confiar en mi criterio en este asunto, como siempre ha hecho.

—Confío en ti, Grelier —dijo entre dientes.

—¿De verdad, señora?

—Sí, sinceramente. Siempre has sido mi favorito. ¿Sabes apreciarlo?

—Tengo un trabajo que hacer, señora. Simplemente lo hago lo mejor que sé.

La reina colocó la calavera en su regazo. Con la mano libre acarició la blanca mata de pelo de Grelier.

—Estaría perdida sin ti, y lo sabes. Especialmente ahora.

—Tonterías, señora. Su experiencia amenaza con eclipsar la mía en cualquier momento.

Eran algo más que adulaciones por compromiso. Aunque Grelier había hecho del estudio del dolor el trabajo de su vida, Jasmina se estaba poniendo al día rápidamente. Sabía muchísimo sobre la fisiología del dolor. Sabía sobre nocicepción; sabía diferenciar entre dolor epicrítico y protopático; sabía sobre el bloqueo presináptico y sobre la propagación neoespinal. Sabía diferenciar entre sintetizadores de prostaglandina y sus agonistas GABA.

Pero la reina también conocía el dolor desde un ángulo desde el que Grelier nunca lo haría. Los gustos de él se limitaban a infligirlo. No lo conocía desde dentro, desde el punto de vista privilegiado del receptor. No importa lo preciso que llegara a ser su conocimiento teórico de la materia, la reina siempre le llevaría esa ventaja.

Como la mayoría de la gente de su época, Grelier tan solo podía imaginarse la agonía extrapolándola, multiplicando por mil la insignificante molestia de arrancarse un padrastro. No tenía ni idea.

—Puede que haya aprendido mucho —dijo la reina—, pero tú siempre serás el maestro del arte de la clonación. Antes lo decía en serio, Grelier: creo que se avecina un aumento de la demanda en la fábrica, ¿podrás satisfacerme?

—Dijo que la producción no debe ralentizarse. No es exactamente lo mismo.

—Pero seguro que no estás trabajando a pleno rendimiento ahora mismo...

Grelier ajustó los tornillos.

—Seré franco con usted: no estamos muy lejos de eso. Ahora puedo rechazar unidades que no cumplen nuestros niveles habituales. Pero si la fábrica debe aumentar la producción, los niveles deberán relajarse.

—Has descartado uno hoy, ¿no es así?

—¿Cómo lo ha sabido?

—Suponía que te tomabas en serio tu compromiso de excelencia —dijo, levantando un dedo—. Y me parece bien. Por eso trabajas para mí. Estoy decepcionada, claro. Sé exactamente qué cuerpo has eliminado. Pero la calidad es la calidad.

—Ese siempre ha sido mi lema.

—Es una pena que no lo sea para todo el mundo en esta nave.

Él siguió tarareando y silbando para sí durante un rato y después dijo, con estudiada naturalidad:

—Siempre he pensado que poseía una tripulación soberbia, señora.

—Mi tripulación de base no es el problema.

—Ah, entonces debe referirse a uno de los mandos. Imagino que no seré yo...

—Sabes bien de quién estoy hablando, así que no disimules.

—¿De Quaiche? No, seguro que no es él.

—Venga, no juegues conmigo, Grelier. Sé exactamente lo que piensas de tu rival. ¿Quieres saber lo más irónico de asunto? Los dos sois más parecidos de lo que imagináis. Ambos humanos de base, ambos desterrados de vuestras propias

culturas. Tengo grandes esperanzas para los dos, pero por ahora debo despedir a Quaiche.

—Podría darle una última oportunidad, señora. Al fin y al cabo estamos acercándonos a un nuevo sistema.

—Eso es lo que te gustaría, verlo fracasar una última vez para que mi castigo fuera aún más severo.

—Estaba pensando únicamente en el bienestar de la nave.

—Claro, Grelier —sonrió, divirtiéndose con sus mentiras—. Bueno, en realidad es que aún no he decidido qué hacer con Quaiche. Pero lo que está claro es que él y yo vamos a tener una charla. Me ha llegado información referente a él, cortesía de nuestros socios comerciales.

—¡Mira por dónde! —exclamó Grelier.

—Parece que no fue completamente sincero acerca de su experiencia anterior cuando lo contraté. Es culpa mía: tenía que haber comprobado sus datos con más atención. Pero eso no justifica que haya exagerado sus anteriores éxitos. Creía estar contratando a un negociador experto, a la vez que a un hombre con un conocimiento instintivo el entorno planetario. Un hombre que se encontrara cómodo entre los humanos de base y los ultras, alguien que pudiera negociar un trato a nuestro favor y encontrar un tesoro oculto donde nosotros no veíamos nada.

—Así es Quaiche.

—No, Grelier, así es el personaje que Quaiche quería representar ante nosotros. Una invención. En realidad su currículum es mucho menos impresionante. Con éxitos ocasionales, pero con el mismo número de fracasos. Es un oportunista: un presuntuoso, un aprovechado y un mentiroso. Y además, infectado.

Grelier arqueó una ceja

—¿Infectado?

—Tiene un virus doctrinal. Comprobamos los más habituales, pero este se nos pasó porque no estaba en nuestra base de datos. Afortunadamente, no es demasiado contagioso; al menos no lo suficiente como para infectarnos a uno de nosotros.

—¿De qué tipo de virus doctrinal estamos hablando?

—Es un cruce primitivo: una mezcla a medio hacer de imaginación religiosa revuelta con tres mil años de antigüedad y sin ninguna base teísta. No le hace creer en algo coherente, simplemente le hace sentirse religioso. Obviamente puede controlarlo la mayor parte del tiempo; pero me preocupa, Grelier. ¿Qué pasa si empeora? No me gusta un hombre cuyos impulsos no puedo predecir.

—Lo despedirá, entonces.

—Todavía no. No hasta que hayamos dejado atrás 107 Piscium y haya tenido una última oportunidad para redimirse.

—¿Qué os hace pensar que encontrará algo ahora?

—No espero que lo haga, pero creo que es más probable que encuentre algo si le proporciono el incentivo adecuado.

—Puede huir.

—Ya lo había pensado. De hecho, creo que lo tengo todo cubierto en lo que a Quaiche se refiere, lo único que necesito es poner al personaje en cuestión es cierto estado de animación. ¿Podrías encargarte de eso?

—¿Ahora, señora?

—¿Por qué no? Hay que golpear cuando el hierro está caliente, como se suele decir.

—El problema —dijo Grelier—, es que está congelado. Tardará unas seis horas en despertarse, asumiendo que sigamos todos los procedimientos recomendados.

—¿Y si no lo hacemos? —Se preguntaba cuánto tiempo le quedaba a su nuevo cuerpo—. Siendo realistas, ¿cuántas horas podemos quitarle?

—Dos, como mucho, si no quiere correr el riesgo de matarlo. Incluso así puede ser un poquito desagradable.

Jasmina sonrió al inspector general

—Estoy segura de que lo superará. Ah, y Grelier, otra cosa más...

—¿Sí, señora?

—Tráeme el sarcófago ornamentado.

Nave *Ascensión Gnóstica*, Espacio Interestelar, 2615

Su amante lo ayudó a salir de la arqueta. Quaiche temblaba tumbado en la camilla de resucitación, con ganas de vomitar, mientras Morwenna se encargaba de los múltiples enchufes y cables que se hundían en su magullada piel.

—Quédate tumbado —dijo.

—No me siento bien.

—No me extraña. ¿Qué esperabas, si estos cabrones te han descongelado tan rápido?

Era como si le hubieran dado una patada en la ingle, salvo que le dolía todo el cuerpo. Quiso acurrucarse en un espacio más pequeño que él mismo, plegarse en un diminuto nudo como si fuera una especie de origami. Pensó en vomitar, pero el esfuerzo que requería era demasiado desalentador.

—No tenían que haberse arriesgado —dijo—. Ella sabe que soy demasiado valioso. —Dejó escapar una arcada con un sonido horrible, como un perro que hubiera ladrado demasiado.

—Creo que su paciencia está bajo presión —dijo Morwenna mientras le aplicaba un ungüento médico.

—Ella sabe que me necesita.

—Ya se las ha apañado sin ti antes. Quizás se ha dado cuenta de que se las puede arreglar sin ti de nuevo.

La cara de Quaiche se iluminó:

—Quizás haya una emergencia.

—Para ti puede que sí.

—Dios, es lo que me faltaba, compasión. —Hizo una mueca de dolor al notar como si un rayo golpease su cráneo, una sensación más precisa y concisa que el malestar general del trauma de resucitar.

—No deberías usar el nombre de Dios en vano —le regañó Morwenna—. Sabes que solo te haces daño a ti mismo.

La miró a la cara, obligando a sus ojos a abrirse a pesar del cruel resplandor de la sala de resucitación

—¿Estás de mi parte o no?

—Intento ayudarte. Estate quieto, ya casi he quitado el último cable.

Hubo una última punzada de dolor en su muslo al sacar el tubo, dejando una herida limpia con forma de ojo.

—Bueno, ya está todo quitado.

—Hasta la próxima vez —dijo Quaiche—. Asumiendo que haya una próxima vez.

Morwenna se quedó inmóvil, como si se hubiera dado cuenta de algo por primera vez.

—Tienes miedo de verdad, ¿no?

—¿No lo tendrías tú en mi lugar?

—La reina está loca. Todo el mundo lo sabe. Pero también es lo suficientemente pragmática como para reconocer un recurso valioso cuando lo ve —se sinceró Morwenna, al saber que la reina no tenía micrófonos funcionando en la cámara de resucitación—. Mira si no a Grelier. ¿Tú crees que toleraría a ese monstruo ni por un minuto si no le fuera útil?

—Esa es precisamente la cuestión —dijo Quaiche, cayendo en un pozo aún más profundo de abatimiento y desesperanza—. En el momento en el que ambos dejemos de serle útiles...

Si hubiera podido moverse, habría hecho un gesto como si se cortara el cuello con un cuchillo. En lugar de eso, solo emitió un ruido como si se ahogara.

—Tienes una ventaja sobre Grelier —dijo Morwenna—, me tienes a mí, un aliado entre la tripulación. ¿A quién tiene él?

—Tienes razón —dijo Quaiche—, como siempre. —Con un tremendo esfuerzo, se estiró y rodeó con su mano el guantelete de acero de Morwenna.

No tuvo valor para recordarle que ella estaba casi tan aislada en la nave como él. Si algo garantizaba el ostracismo de un ultra, era tener cualquier tipo de relación interpersonal con un humano de base. Morwenna lo afrontó con valentía, pero Quaiche sabía que si tenía que recurrir a su ayuda cuando la reina y el resto de la tripulación se volvieran contra él, ya podía darse por crucificado.

—¿Puedes sentarte ya? —le preguntó.

—Lo intentaré.

El malestar remitía lentamente, como ya sabía que pasaría, y por fin fue capaz de mover grupos de músculos mayores sin gritar. Se sentó en la camilla, con las rodillas clavadas en su pecho sin pelo, mientras Morwenna sacaba suavemente la sonda urinaria de su pene. La miró a la cara mientras maniobraba, oyendo únicamente el sonido del metal deslizándose contra el metal. Recordó el miedo que había pasado la primera vez que le tocó ahí con sus manos brillando como cizallas. Hacer el amor con ella era como hacerlo con una trilladora. Sin embargo, Morwenna nunca le había hecho daño, incluso cuando sin darse cuenta se cortaba en sus propias partes vivas.

—¿Estás bien? —preguntó.

—Sobreviviré. Hace falta algo más que una resucitación rápida para arruinarle el día a Horris Quaiche.

—Así me gusta —dijo ella con tono no demasiado convincente. Se inclinó y lo besó. Olía a perfume y a ozono.

—Me alegra que estés aquí —dijo Quaiche.

—Espérame aquí. Te traeré algo de beber.

Morwenna se levantó de la camilla de resucitación, desplegándose en toda su altura. Aún incapaz de enfocar correctamente, Quaiche la vio deslizarse hacia el otro lado de la habitación, hasta una escotilla en la que se servían varios caldos reconstituyentes. Sus trenzas de color gris acero se balancearon con el movimiento de sus largas piernas movidas por pistones.

Morwenna regresaba con un caldo reconstituyente adornado con medicinas, cuando se abrió la puerta de la sala. Otros dos ultras entraron, un hombre y una mujer. Tras ellos, con las manos en la espalda, apareció la figura más pequeña del inspector general de Sanidad. Llevaba una bata blanca sucia.

—¿Está en condiciones? —preguntó el hombre.

—Tienes suerte de que no esté muerto —saltó Morwenna.

—No seas tan melodramática —dijo la mujer—. No va a morir simplemente porque lo descongelásemos un poquito más rápido de lo normal.

—¿Nos vais a decir para qué lo quiere Jasmina?

—Es algo entre la reina y él —le contestó.

El hombre le lanzó una bata plateada a Quaiche. El brazo de Morwenna saltó como látigo y la atrapó. Fue hasta Quaiche y se la dio en mano.

—Quisiera saber qué está pasando —dijo Quaiche.

—Vístete —dijo la mujer—. Te vienes con nosotros.

Se giró en la camilla y puso los pies en el frío suelo. Ahora que el malestar se estaba disipando, empezaba a sentir miedo en su lugar. Su pene se había encogido, retirándose hacia su interior como si estuviera planeando su propia huida. Quaiche se puso la bata, atándosela a la cintura.

—¿Tú tienes algo que ver con esto? —le preguntó al inspector general.

Grelier parpadeó.

—Mi querido colega, lo único que he podido hacer es intentar evitar que te calentaran más rápido.

—Ya te llegará tu hora —dijo Quaiche—. No lo olvides.

—No sé por qué sigues con ese tono. Tú y yo tenemos mucho en común, Horris. Dos humanos solos en una nave ultra... No deberíamos discutir ni competir por el prestigio y el estatus. Deberíamos apoyarnos mutuamente, reforzando nuestra amistad. —Grelier se limpió el guante en la bata, dejando una fea mancha ocre—. Tú y yo deberíamos ser aliados. Llegaríamos muy lejos.

—Cuando el infierno se congele —respondió Quaiche.

La reina acarició el moteado cráneo humano apoyado en su regazo. Tenía las uñas muy largas y pintadas de negro azabache. Vestía un chaleco de piel, anudado en el escote y una falda corta de la misma tela oscura. Llevaba el pelo negro peinado hacia atrás, salvo por un único mechón muy definido. Situado frente a ella, Quaiche creyó que llevaba maquillaje: rayas verticales gruesas como hilos de cera roja derretida desde los ojos hasta la comisura de su labio superior. Luego, de pronto, se dio cuenta de que se había sacado los ojos. Aun así, su rostro todavía poseía cierta belleza austera.

Era la primera vez que la veía en carne y hueso, en cualquiera de sus manifestaciones. Hasta esta reunión, todos sus tratos con ella habían sido a distancia, bien a través de alfa proxy o intermediarios vivos como Grelier. Hubiera deseado que siguiera así.

Quaiche esperó varios segundos, escuchando su propia respiración. Finalmente logró decir:

—¿Le he fallado, señora?

—¿Qué clase de nave crees que dirijo, Quaiche? ¿Una en la que me puedo permitir llevar exceso de equipaje?

—Creo que mi suerte ha cambiado.

—Un poco tarde para eso. ¿Cuántas paradas hemos hecho desde que te uniste a la tripulación, Quaiche? ¿Cinco? ¿Y qué hemos logrado con esas cinco paradas?

Abrió la boca para contestar, cuando vio el sarcófago ornamentado entre las sombras detrás del trono. Su presencia no era casualidad. Parecía una momia, hecho de hierro forjado u otro metal de la era industrial. Tenía varios enchufes de alta resistencia y puntos de conexión, y una rejilla rectangular oscura donde debería estar el visor. Había rebordes y marcas de soldadura donde se habían unido o fundido nuevas partes. También había trozos lisos de metal obviamente nuevo.

El resto del sarcófago estaba cubierto por una intrincada trama de grabados. Cada centímetro cuadrado libre estaba repleto de detalles obsesivos que dolían a la vista. Eran demasiados como para verlos todos de un vistazo, pero mientras el sarcófago giraba sobre él, Quaiche vio monstruos espaciales con cuello de serpiente, escandalosas naves fálicas, rostros gritando y demonios, dibujos de sexo y violencia explícitos. Había narraciones en espiral, fábulas, aventuras comerciales a gran escala. Había esferas de relojes y salmos, líneas de textos en idiomas que no reconocía, estrofas musicales, incluso renglones de números primorosamente grabados, secuencias de códigos digitales o ADN, ángeles y querubines, serpientes, muchas serpientes. Le dolía el corazón con solo mirarlo.

Estaba agujereado y descascarillado por los impactos de micrometeoritos y rayos cósmicos. El hierro grisáceo aparecía teñido aquí y allá de verde esmeralda o bronce oxidado. Tenía arañazos allí donde las partículas ultrapesadas habían tallado sus propios surcos al impactar en ángulo oblicuo. Y tenía una delgada línea alrededor por donde se abría por la mitad y podía volver a soldarse para cerrarlo.

El sarcófago era un instrumento de castigo, aunque hasta ahora su existencia no había sido más que un cruel rumor. La reina metía a la gente dentro y los

mantenía vivos alimentándolos con información sensorial. Así quedaban protegidos de la lluvia de radiación de los vuelos interestelares cuando los sepultaba, a veces durante años, en el hielo del escudo de la nave. Los más afortunados estaban muertos cuando los sacaban.

Quaiche intentó controlar el temblor de su voz.

—Si se miran las cosas desde un cierto ángulo, en realidad... tampoco lo hemos hecho tan mal... teniendo todo en cuenta. No hay daños materiales en la nave, no ha habido bajas en la tripulación ni heridos graves; ni incidentes de contaminación, ni gastos imprevistos... —dejó de hablar y miró esperanzado hacia Jasmina.

—¿Esa es tu mejor excusa? Se suponía que nos harías ricos, Quaiche. Se suponía que cambiarías radicalmente nuestra suerte en estos tiempos difíciles, engrasando los mecanismos del comercio con tu encanto natural y conocimientos de la psicología y los paisajes planetarios. Se suponía que ibas a se nuestra gallina de los huevos de oro.

Quaiche se retorció, incómodo.

—Pero en cinco sistemas lo único que has encontrado es basura.

—Usted eligió los sistemas, no yo. No es culpa mía si no había nada de valor. La reina negó con la cabeza despacio y con preocupación.

—No, Quaiche. Me temo que no es tan sencillo. ¿Sabes? Hace un mes interceptamos algo. Era una transmisión, un diálogo comercial entre una colonia humana en Chaloupek y la nave *Lejano Recuerdo de Hokusai*. ¿Te suena de algo?

—La verdad es que no... —Pero sí lo conocía.

—El *Hokusai* entraba en Gliese 664 justo cuando nosotros salíamos de ese sistema. Era el segundo sistema que recorrías para nosotros. Tu informe decía... —La reina levantó la calavera hasta su oído para escuchar lo que salía por la mandíbula—. Veamos... «No se ha encontrado nada de valor en Opincus o en los otros tres mundos terrestres; únicamente objetos menores de tecnología obsoleta recuperados de las lunas de la cinco a la ocho del gigante Haurient... nada en los campos internos de asteroides, ni enjambres de tipo D, enclaves troyanos ni grandes concentraciones en el cinturón K.»

Quaiche se estaba imaginando hacia dónde conducía todo esto.

—¿Y la *Lejano Recuerdo de Hokusai*? La conversación era absolutamente fascinante. Al parecer la *Hokusai* encontró un alijo de mercancías enterradas hace más de un siglo, de antes de la guerra y de la plaga. Mercancía muy valiosa, no solo artefactos tecnológicos, sino arte y cultura, la mayoría piezas únicas. Oí que sacaron lo suficiente como para comprarse una capa acorazada completamente nueva. —La reina lo miró expectante—. ¿Algo que decir o añadir?

—Mi informe era sincero —dijo Quaiche—. Tuvieron suerte, eso es todo. Señora, deme otra oportunidad. ¿No nos estamos acercando a otro sistema?

La reina sonrió.

—Siempre nos estamos acercando a otro sistema. Esta vez es un lugar llamado 107 Piscium, pero sinceramente, desde lejos no parece mucho más prometedor

que los cinco anteriores. ¿Quién me asegura que vas a ser de más utilidad esta vez?

—Deje que use la *Dominatrix* —dijo, entrelazando las manos sin darse cuenta—. Deje que la baje a ese sistema.

La reina guardó silencio durante muchos segundos. Quaiche solo podía oír su propia respiración, salpicada por el abrupto chisporroteo de un insecto o rata moribundo. Algo se movía lánguidamente tras el cristal verde de la bóveda semiesférica de una de las doce paredes de la sala. Notaba que era observado por alguien más que la figura sin ojos sentada en el trono. Sin que nadie se lo dijera, entendió en ese momento que la que estaba tras el cristal era la auténtica reina, y que el deteriorado cuerpo allí sentado no era más que la marioneta en la que actualmente vivía. Así que todos los rumores eran ciertos: el solipsismo de la reina, su adicción al dolor extremo como medio para anclarse a la realidad, la gran reserva de cuerpos clonados que guardaba únicamente para ese propósito.

—¿Has terminado, Quaiche? ¿Has terminado tu defensa?

—Supongo que sí —suspiró.

—Muy bien entonces.

Debía haber emitido una orden secreta, porque al momento se abrió de nuevo la puerta de la sala. Quaiche se giró al notar la ráfaga de aire fresco en su nuca. El inspector general y los dos ultras que habían ayudado a Quaiche en su resucitación entraron en la sala.

—He acabado con él —dijo la reina.

—¿Y sus órdenes son? —preguntó Grelier.

Jasmina se chupó una uña.

—No he cambiado de idea. Metedlo en el sarcófago ornamentado.